

EL AÑO DE LA FE¹

«La misión de la Iglesia, como la de Cristo, es esencialmente hablar de Dios, hacer memoria de su soberanía, recordar a todos, especialmente a los cristianos que han perdido su identidad, el derecho de Dios sobre lo que le pertenece, es decir, nuestra vida. Precisamente para dar renovado impulso a la misión de toda la Iglesia de conducir a los hombres fuera del desierto –en el que a menudo se encuentran– hacia el lugar de la vida, la amistad con Cristo que nos da su vida en plenitud... he decidido convocar un “Año de la fe”». Con estas palabras, el papa Benedicto XVI motivaba, durante la santa misa con los nuevos evangelizadores el 16 de octubre de 2011, la decisión de dedicar un año especial al tema de la fe, con ocasión del 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962) y de los 20 años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica*. Su comienzo coincidirá, además, con la celebración de la XIII asamblea general del Sínodo de Obispos que afrontará el tema de la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana.

La iniciativa pastoral del papa revela, en continuidad con todo su magisterio, la intención expresada en la misa del inicio del ministerio petrino y recordada en el comienzo de la Carta apostólica *Porta fidei*, de llevar a la Iglesia a «redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo» (*Porta fidei* 2).

1 Este editorial, preparado por el autor en italiano para la revista *Phase*, ha sido traducido al castellano por José Antonio Goñi.

El tiempo que vivimos se caracteriza por una crisis general, que afecta también a la Iglesia, manifestándose, sobre todo en Occidente, como crisis de fe. Aquello que en el pasado se daba obviamente por supuesto, en el mundo contemporáneo ya no puede presuponerse. El secularismo, obedeciendo a un ideal de autonomía individual que se siente amenazada de cualquier referencia a una verdad revelada, ha asumido como programa propio «vivir como si Dios no existiera». De este modo, ha conducido al hombre a una situación de confusión y de desorientación, quedando aislado en manos de fuerzas de rostro desconocido. El proyecto de una vida sin fe se convierte inevitablemente en una crisis que impide al hombre descubrir su propia identidad, descubrir el sentido de la vida.

Benedicto XVI desea que toda la Iglesia tome conciencia del hecho de que, como recordaba en el discurso a la curia romana del 22 de diciembre de 2011, «el núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces».

El Año de la fe pretende ofrecer, sobre todo, un apoyo a los creyentes en Cristo, esto es, a quienes siguen profesando con convicción la fe y dan testimonio de ella, incluso a veces hasta el martirio. «Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza. Al mismo tiempo, esperamos que el *testimonio* de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año» (*Porta fidei* 9).

Es evidente, por tanto, que este Año será, principalmente, un tiempo de gracia, una ocasión para que la Iglesia, poniendo sus

raíces en la certeza que deriva de la fe en Jesucristo único salvador del hombre, pueda ofrecer una respuesta común a cuantos viven la nostalgia de Dios y el deseo de encontrarlo de nuevo. Es necesario que los creyentes sientan la posibilidad de ofrecer la compañía de la fe para mostrarse cercanos a cuantos les piden razón de su fe. Esto nos lleva a trabajar, directamente, en la *nueva evangelización*, en la cual la Iglesia se encuentra desde hace tiempo inmersa y que últimamente se ha visto intensificada con la institución, por el papa Benedicto XVI, del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Muchas personas, tanto en las parroquias y en las diócesis como en los movimientos y asociaciones laicales de antigua y nueva fundación, ya desde hace un tiempo están tomando conciencia de la necesidad de ponerse al servicio de un renovado anuncio del Evangelio, viviendo en plenitud la dimensión cristiana del testimonio, inherente al bautismo. Estos nuevos *evangelizadores* están llamados, ahora más que nunca, a «dar razón de su esperanza ... con mansedumbre y respeto y en buena conciencia» (1Pe 3,15-16). Esto conlleva un sincero esfuerzo por conocer y profundizar en el contenido de la fe, que el *Catecismo de la Iglesia católica* presenta de forma sistemática. Hoy, ese contenido es, a menudo, considerado como insignificante, ante todo porque se desconoce.

En la perspectiva de la profundización en la vida de la fe, será importante también vivir este año como una ocasión para confirmar la unidad entre lo que se celebra y lo que estamos llamados a testimoniar. En la liturgia y en la celebración de los sacramentos, de modo particular en la Eucaristía, Jesús hace presente y visible su salvación. Comprender esta vinculación es esencial para percibir la profundidad de la fe cristiana. Durante el Año de la fe será necesario volver a reflexionar sobre este aspecto de la vida cristiana, sacando a la luz cómo el misterio celebrado en la liturgia debe sostener la vida de oración de los fieles. Fe y oración son, en definitiva, las dos caras de la experiencia del creyente. En la medida que crece la fe, se intensifica también la oración. En la medida que la vida de oración se fortalece, más se arraiga en nosotros la experiencia de encuentro personal con Jesús que, revelándonos al Padre, nos ha hecho a todos hijos suyos. Y esto permite testimoniar

la fe y, sobre todo, una relación personal con él, así como dejarse invadir por un don inesperado de la gracia de Dios que abre a la comprensión de la verdad.

Con esta convicción ha parecido conveniente proponer como «signo» común de este Año, el esfuerzo por hacer que el *Credo* vuelva a ser la oración diaria aprendida de memoria, como era costumbre en los primeros siglos del cristianismo, según las palabras de san Agustín: «Recibid la fórmula de la fe que llamamos Símbolo. Y una vez recibida, grabadla en el corazón y repetidla interiormente cada día. Antes de dormir, antes de salir, proveyéndoos de vuestro Símbolo. Nadie escribe el Símbolo con el objetivo de que se lea, sino de que se medite».

El Año de la fe, como hemos señalado, tendrá también momentos celebrativos. Pero tendrá que ser, principalmente, un momento en el que toda la Iglesia pueda sentirse llamada en un camino común, para ofrecer todavía una vez más, con gran responsabilidad en confronto con los tiempos que estamos viviendo, el testimonio gozoso de la fe. No será suficiente este año. Pero será ciertamente un momento fundamental para afrontar con seguridad el camino de la *nueva evangelización*.

+ Rino FISICHELLA

Arzobispo titular de Voghenza (Italia). Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.